El mismo verano dos veces

El mismo lugar. Personas diferentes. Una oportunidad más.



Laura Bellini

El mismo verano dos veces

El mismo lugar. Personas diferentes. Una oportunidad más.

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384903322

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Todo lo que no nos dijimos 11
Capítulo 2 - Los límites que nosotros mismos establecemos 22
Capítulo 3 - Entre la luz y la sombra..... 35
Capítulo 4 - Lo que queda después de la puesta de sol 47
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 62
Capítulo 6 - El primer beso después de tantos años..... 73
Capítulo 7 - Una cercanía peligrosa 86
Capítulo 8 - Donde termina la película 97
Capítulo 9 - Todo lo que podemos perder 108
Capítulo 10 - Entre nosotros ya no hay casualidades..... 119
Capítulo 11 - El derecho a estar cerca 130
Capítulo 12 - La fecha de partida..... 141
Capítulo 13 - El precio de las expectativas ajenas 152
Capítulo 14 - La verdad que todavía desconocemos 162
Capítulo 15 - La última mañana de aquel verano.....172
Capítulo 16 - La distancia que elegimos.....183
Capítulo 17 - Todo lo que depende de mí.....194
Capítulo 18 - El primer paso sin garantías 205
Capítulo 19 - Lo que elegimos de verdad 217
Capítulo 20 - El verano que permaneció con nosotros 230

INTRO

Lo primero que vi al llegar fue el mar. Lo segundo, al hombre al que llevaba once años intentando no recordar.

Estaba de pie en la terraza de piedra de Villa Serena, con las manos apoyadas en la barandilla. Llevaba una camisa clara de lino, con las mangas remangadas, y unos pantalones oscuros. El viento le agitaba el cabello, un poco más corto de como lo recordaba. No podía verle la cara, pero reconocí la forma en que inclinaba la cabeza cuando estaba pensando en algo. La memoria conservaba ciertos detalles con una precisión asombrosa, incluso cuando una hacía todo lo posible por borrarlos.

Detuve el coche frente a la verja de hierro y apagué el motor. Por la ventanilla abierta entraba el aroma de los pinos calentados por el sol, de la sal y del romero que crecía junto al camino de entrada. Era a finales de junio. El Adriático tenía aquel tono de turquesa escandalosamente hermoso que en las fotografías parecía fruto de un retoque excesivo.

Había venido a trabajar. A ayudar a una amiga. A descansar de Cracovia y de una agenda profesional en la que cada día estaba dividido en horas y cada hora pertenecía a otra persona.

No había venido a buscar recuerdos.

El teléfono vibró sobre el asiento del acompañante.

—Syl, ¿has llegado ya? —preguntó Lena antes de que pudiera saludarla.

—Estoy delante de la verja. Solo dime una cosa.

—Si es por el aire acondicionado, lo arreglaron ayer.

—¿Está Maks Sęk contigo?

Se hizo el silencio. Breve, pero suficiente.

—Pensaba decírtelo.

Cerré los ojos.

—Lena.

—Lo sé.

—Sabías que llegaba hoy.

—Sí.

—Y sabías que él también estaría aquí.

—Lleva tres días.

Volví a mirar hacia la terraza. El hombre se giró para recoger algo de una mesa. Solo entonces distinguí un proyector portátil y una pantalla enrollada apoyada contra la pared.

—¿Por qué?

—Porque os necesito a los dos.

Lena lo dijo con un tono que daba a entender que la respuesta era evidente. Nos conocíamos desde la universidad. Sabía lo mucho que me costaba decirles que no a las personas que quería y nunca antes se había aprovechado de ello.

Dos semanas atrás me había pedido ayuda para poner en marcha un programa cultural de verano en la villa que había heredado de su tía. Mi trabajo consistiría en preparar traducciones, ocuparme de la comunicación con los invitados extranjeros y ayudar a ultimar los encuentros literarios. Necesitaba a alguien de confianza porque la reforma había consumido sus ahorros y aquella primera temporada decidiría el futuro del lugar.

Había aceptado quedarme seis semanas. A cambio de una remuneración que habíamos acordado de manera justa, una habitación propia y la posibilidad de seguir atendiendo mis encargos. A mediados de agosto regresaría a Cracovia, donde me esperaba una colaboración con una editorial por la que llevaba años trabajando.

Era un plan sensato. Mi plan.

En él no figuraba Maks.

—Él se encarga del cine al aire libre —explicó Lena—. Necesito su equipo y su experiencia. Sin las proyecciones nocturnas no podré completar el programa.

—Podrías haberme avisado.

—Tenía miedo de que no vinieras.

Aquello dolió más que la sorpresa en sí.

—Deberías haberme dejado decidir.

—Tienes razón —respondió en voz baja—. Lo siento. Estoy en la cocina. Ven, por favor. Hablaremos.

Colgué, pero permanecí inmóvil unos instantes más. En la terraza, Maks desplazó una mesita y dejó al descubierto una parte de las vistas de la bahía. Aquel gesto tan sencillo despertó un recuerdo que no quería revivir: nuestras manos entrelazadas sobre una barandilla parecida, once años atrás, cuando yo tenía veintitrés años y estaba convencida de que ser valiente consistía en fingir indiferencia.

Entonces no le dije que quería quedarme más tiempo.

Él no me lo pidió.

Y aquella última mañana ambos nos comportamos como si nuestro verano juntos no hubiera sido más que una aventura agradable y pasajera.

Salí del coche.

Recordaba los escalones de piedra que conducían a la entrada de mi estancia anterior. Sus bordes habían sido pulidos por generaciones de huéspedes, y entre las grietas crecían pequeñas flores blancas. Por aquel entonces, Lena y yo nos alojábamos en las habitaciones de la planta superior, y su tía nos permitía utilizar la terraza después de cerrar el restaurante.

Ahora, junto a la puerta, colgaba una placa nueva con el nombre de la villa. Bajo la pintura reciente de las paredes todavía se distinguían las antiguas grietas.

Me acerqué al maletero y saqué la maleta. Una rueda se atascó entre los adoquines irregulares. Tiré del asa una vez y luego otra, cada vez más irritada por mi propia torpeza.

—Por la izquierda te resultará más fácil.

La voz llegó desde detrás de mí.

No necesitaba darme la vuelta para saber a quién pertenecía.

—Puedo arreglármelas sola.

—No lo dudo.

Maks no se acercó más. Cuando giré la cabeza, estaba a varios pasos de distancia. Tenía treinta y nueve años, aunque todavía pude reconocer en él algo del hombre de veintiocho que había conocido. Las mismas cejas marcadas, aquella sonrisa ligeramente torcida y su forma tranquila de mirar. En las sienes habían aparecido algunas canas.

Once años no lo habían hecho menos atractivo. Lo habían vuelto más difícil de ignorar.

—Hola, Sylwana —dijo.

No utilizó el antiguo diminutivo. Se lo agradecí.

—Maks.

Miró mi maleta y después los escalones.

—Lena te espera dentro. En la cocina se está desarrollando ahora mismo un drama con la cafetera.

—¿Sigue intentando arreglarla a golpes?

—Ahora también recurre a los argumentos verbales.

Sonreí sin querer. Me arrepentí al instante, porque Maks se dio cuenta.

—Me alegra verte —dijo en voz más baja.

Aquella frase resultaba peligrosamente normal. No contenía reproches, declaraciones ni intentos de explicar el pasado. Y, sin embargo, durante un momento olvidé por qué deseaba tanto mantener las distancias.

—No sabía que estarías aquí.

La sonrisa desapareció de su rostro.

—Acabo de darme cuenta. ¿Lena te lo había dicho?

—Solo ahora.

—A mí me habló de tu llegada anoche.

Apreté los dedos alrededor del asa de la maleta.

—Y decidiste quedarte.

—Tengo trabajo aquí, Sylwana. Igual que tú.

No sonó como una excusa. Más bien como el establecimiento de un límite que yo también necesitaba.

Asentí.

Maks señaló un paso más estrecho junto a los escalones, que descendía suavemente hacia la entrada lateral.

—Por allí hay una rampa. Si quieres, te enseño el camino.

—Ya lo conozco.

—Entonces nos vemos.

Se dirigió hacia la terraza, dejándome marchar sin hacer ninguna pregunta más. Lo seguí con la mirada durante unos instantes, sorprendida de cuánto me dolía que no insistiera.

En la cocina, Lena se lanzó a abrazarme antes de que pudiera dejar la maleta en el suelo. Olía a jabón de limón y a café, que al parecer por fin había conseguido arrancarle a la cafetera.

—Soy una amiga horrible —anunció.

—Hoy, desde luego, tienes argumentos bastante sólidos para defender esa teoría.

Se apartó para mirarme a los ojos.

—No pretendía hacer de celestina con vosotros. Te lo juro.

—Preferiría que ni siquiera utilizaras esa palabra.

—Lo necesito a él para el cine. Y a ti para el programa literario y las relaciones con los invitados. De verdad, eso es todo.

Miré por la ventana hacia la terraza bañada por el sol. Maks hablaba por teléfono mientras comprobaba la sujeción de la pantalla. No intentó asomarse a la cocina.

Lena me ofreció un vaso de agua fría.

—¿Te quedarás?

Bebí un sorbo. Había venido allí con mis propios planes y no pensaba renunciar a ellos solo porque el pasado hubiera decidido ponerse una camisa de lino.

—Me quedaré —respondí—. Pero a partir de ahora, nada de sorpresas.

Lena asintió, visiblemente aliviada.

Desde el exterior llegó la risa suave de Maks. Tan familiar que, durante un segundo, volví a tener veintitrés años, el pelo mojado después de un baño nocturno y su camisa echada sobre mis hombros.

Dejé el vaso sobre la encimera.

Podía trabajar con él. Podía cruzármelo en las escaleras, hablar sobre el programa y tratarlo como a cualquier otro compañero de trabajo. Después de todo, yo era una mujer distinta de la que había sido aquel verano.

Pero ¿sería capaz de mirarlo cada día sabiendo que, una vez, lo había dejado marchar sin decirle una sola palabra sincera?

Capítulo 1 - Todo lo que no nos dijimos

La primera reunión de organización comenzó cuarenta minutos después de que Lena me prometiera que no volvería a ocultarme nada. Estaba sentada a una gran mesa en el antiguo comedor, con el portátil, un cuaderno y un vaso de agua que nadie había tenido tiempo de enfriar. Por las ventanas abiertas entraba el aroma de los cipreses calentados por el sol. Al otro lado de la pared alguien movía muebles y desde la terraza llegaba el ruido de las herramientas. Villa Serena se preparaba para su primera temporada después de años de abandono. Yo me preparaba para seis semanas que iban a desarrollarse de una manera muy distinta a la que había planeado.

Lena extendió sobre la mesa un calendario impreso.

—Necesito vuestra ayuda porque yo sola no puedo con todo —comenzó—. Y antes de que alguno lo pregunte, no, no tengo más dinero para contratar a una agencia profesional.

Acerqué la hoja hacia mí. El programa incluía tres noches de cine por semana, dos encuentros literarios y actividades de fin de semana para los huéspedes de la villa. Cada apartado estaba descrito con el entusiasmo de alguien que imaginaba perfectamente el resultado final, pero que no necesariamente recordaba todos los pasos necesarios para conseguirlo.

—¿Cuándo quieres abrir las reservas? —pregunté.

—El viernes.

La miré por encima de las gafas.

—¿Dentro de cuatro días?

—Exactamente.

—Todavía no tenemos las descripciones preparadas, ni los invitados confirmados, ni los horarios definitivos.

—Por eso estás aquí.

—No puedo traducir acontecimientos que solo existen en tu imaginación.

Lena abrió la boca, pero antes de que pudiera responder, Maks entró en el comedor. Llevaba una caja metálica de herramientas y una carpeta con documentos. Ahora tenía desabrochado el primer botón de la camisa y observé un pequeño arañazo en su antebrazo. Dejó la caja junto a la puerta, se disculpó por el retraso y se sentó frente a mí.

No intentó hacer referencia a nuestro encuentro delante de la casa. De hecho, se comportaba con tanta naturalidad que sentí una irritación irracional. Como si once años separados no hubieran sido más que una pausa un poco más larga entre dos conversaciones.

—He conseguido revisar la instalación eléctrica de la terraza —le dijo a Lena—. No conectaré allí el equipo hasta que el electricista cambie dos enchufes y revise el cuadro eléctrico.

—¿Y si utilizáramos alargadores?

—Entonces tendríamos más cables conectados a la misma instalación defectuosa.

Hablaba con tranquilidad, sin el menor intento de avergonzar a mi amiga. Me fijé en ello. El Maks de antes podía ser impaciente cuando alguien no comprendía sus ideas. Este había aprendido claramente a distinguir entre el desconocimiento y la falta de buena voluntad.

—Tengo el contacto de un electricista —propuse—. Ayudó a unos conocidos con la modernización de una pensión cerca de Split. Puedo llamarlo.

Maks me miró con mayor atención.

—¿Hablas croata?

—Lo suficientemente bien como para explicar un problema técnico. Y si me falta vocabulario, tengo un diccionario y no me avergüenza utilizarlo.

—Eso sí lo recuerdo.

No le pregunté qué más recordaba.

Lena respiró aliviada y empezó a hablarnos de los invitados. Dos escritoras polacas, un ensayista croata y una traductora italiana iban a dirigir conversaciones sobre literatura de viajes. Conocía algunos de sus libros. Escuché con creciente interés y anoté en mi cuaderno los asuntos que necesitaban confirmación. Cuando la conversación pasó a las noches de cine, Maks abrió su carpeta.

—Tenemos que cambiar los horarios de las proyecciones —anunció.

Lena frunció el ceño.

—¿Por qué?

—A las nueve todavía hay demasiada luz. Con esta pantalla necesito por lo menos media hora más, aunque lo ideal sería empezar después de las nueve y cuarenta y cinco.

—Entonces coincidirán con los encuentros con los autores —señalé.

—Por eso hay que modificar el programa.

—No podemos desplazar todos los acontecimientos porque el proyector necesite oscuridad.

—El proyector no negocia con la puesta de sol.

Levanté la mirada. Maks tenía los antebrazos apoyados sobre la mesa y me observaba sin el menor rastro de diversión.

—Y los invitados tampoco son muebles que podamos mover según nuestras necesidades —respondí—. Algunos tienen horarios de llegada y salida ya establecidos. Necesitamos una solución que tenga en cuenta a todo el mundo.

—Estoy de acuerdo. Pero si pretendes proyectar una película a plena luz del día, no voy a respaldar esa sesión.

Había aparecido en su voz una firmeza que no había escuchado antes. No era agresiva. Precisamente por eso resultaba más difícil ignorarla.

Lena miraba alternativamente a uno y a otro.

—A lo mejor podríamos...

—Primero necesito saber qué se les ha prometido ya a los invitados —la interrumpí con suavidad—. No voy a cambiar unas condiciones confirmadas sin su consentimiento.

—Y yo necesito tener derecho a suspender una proyección si las condiciones técnicas son peligrosas o si no contamos con la licencia correspondiente —añadió Maks—. Mi empresa es responsable del equipo y de la legalidad de las sesiones.

Comprendí que aquello no era simplemente una diferencia de temperamentos. Él era propietario de una empresa de cine al aire libre, con su propia reputación, sus compromisos y sus facturas que pagar. Yo tenía que

asegurar la coherencia del programa y cuidar de las personas que habían confiado en Lena. Ninguno de los dos podía limitarse a ceder y fingir que el problema había desaparecido.

—Entonces dividamos las decisiones —propuse—. Tú determinas las condiciones técnicas de las proyecciones y la lista de películas para las que tenemos derechos. Yo organizo el programa teniendo en cuenta los compromisos confirmados con los invitados. Lena aprueba los cambios definitivos.

Maks me estudió durante unos instantes.

—Con la condición de que no anunciemos ninguna proyección antes de que yo la confirme.

—Y de que no cambiemos ningún encuentro literario sin consultarme.

—De acuerdo.

Extendió la mano por encima de la mesa.

La miré un poco más de lo necesario. Era más grande de lo que recordaba, con una pequeña zona de piel endurecida cerca del pulgar. Cuando se la estreché, respondió con un apretón breve y profesional. No intentó retener mis dedos.

Casi me decepcionó.

Después de la reunión me quedé en el comedor para ordenar mis notas. Lena salió corriendo a recibir una entrega de ropa de cama y Maks regresó a la terraza. Durante varios minutos solo escuché el sonido del teclado y las cigarras al otro lado de la ventana. Había conseguido enviar dos correos cuando apareció en la pantalla un mensaje de la editora de una editorial de Cracovia.

Confirmaba la recepción de una muestra de traducción y me informaba de que la entrevista para una colaboración a largo plazo tendría lugar a mediados de agosto. Todavía no era una propuesta de contrato, pero sí la primera señal concreta en meses. Soñaba con aquel trabajo. Después de años traduciendo manuales, contratos y materiales publicitarios, quería regresar a la literatura. No porque despreciara mi actividad profesional hasta entonces. Sencillamente estaba cansada de aplazar mis ambiciones más importantes.

Respondí de inmediato para confirmar mi disponibilidad.

—¿Buenas noticias?

Levanté la cabeza. Maks estaba junto a la puerta abierta que daba a la terraza. No me había dado cuenta de cuándo había vuelto. Llevaba un cable enrollado en la mano y una mancha más oscura de sudor había aparecido en su camisa.

—Profesionales.

—Entonces son buenas.

—No todas las noticias profesionales son buenas.

—Pero esta te ha hecho sonreír.

Cerré el portátil.

—¿Me estás observando?

—He entrado a buscar el plano de la instalación. Es difícil no fijarse en alguien que lleva las últimas dos horas mirando el calendario como si fuera su enemigo personal.

—Me gusta saber lo que hago.

—Lo recuerdo.

Apartó la silla sobre la que estaba su carpeta y sacó de ella un esquema de la terraza. No tenía prisa, aunque yo sabía que su presencia no me dejaba indiferente.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo.

—¿Sobre la organización?

—No.

Arqueé las cejas.

—Depende de la pregunta.

Durante un instante pareció considerar varias versiones posibles.

—¿De verdad te molesta que esté aquí, o solo la manera en que te enteraste?

Habría preferido que me preguntara cualquier otra cosa. Por ejemplo, sobre los impuestos aplicables a los servicios prestados en el extranjero. O sobre la declinación de los topónimos croatas.

—Las dos cosas —respondí.

Aceptó la respuesta sin protestar.

—Lo entiendo.

—¿De verdad?

—No tengo derecho a esperar que te entusiasme una sorpresa después de once años.

Lo observé con atención.

—No pareces sorprendido.

—Lo estoy. Pero no veo por qué tenemos que convertirlo en un espectáculo.

Aquella frase me afectó más de lo que debería. Durante años había imaginado distintas versiones de nuestro

reencuentro. En ellas yo era fría o ingeniosa. A veces pronunciaba un discurso que debía hacerle comprender lo que había perdido. Mientras tanto, la realidad me ofrecía un comedor corriente, un calendario sin terminar y un hombre capaz de aceptar una respuesta desagradable.

—No pienso montar ningún espectáculo —dije.

—Bien.

—Pero tampoco finjamos que somos viejos conocidos que simplemente no encontraron tiempo para llamarse.

Maks dejó el cable.

—No pienso hacerlo.

Su rostro permaneció tranquilo, pero observé que apretaba con más fuerza los dedos alrededor del respaldo de la silla.

—Entonces podemos trabajar —declaré.

—Podemos.

Sin embargo, no se marchó enseguida.

—¿Sylwana?

Lo miré.

—¿Qué?

—Me alegro de que entonces no intentaras fingir que eras otra persona.

Fruncí el ceño.

—¿Cuándo?

—Hace once años. Estabas muy segura de lo que querías.

Durante un instante no supe qué responder. Recordé una conversación en la playa, la última noche de aquel verano. Le había dicho que no pensaba cambiar mis planes por un

romance de vacaciones. Pronuncié aquellas palabras con una convicción que en realidad no sentía.

—A veces la seguridad en uno mismo es solo una actuación muy bien interpretada —contesté.

Algo cruzó fugazmente su rostro.

—Lo sé.

No tuve tiempo de preguntarle qué quería decir. Desde el patio llegó la voz de Lena llamándolo y Maks se volvió hacia la puerta.

—Tengo que comprobar la entrega. Para mañana te prepararé la lista de películas y las limitaciones técnicas.

—Yo te enviaré una propuesta de calendario.

Asintió y salió.

Al caer la tarde, la villa fue quedándose en silencio. Lena estaba ocupada con la contabilidad en su despacho y yo me senté en el balcón de mi habitación, en la planta superior. Desde el lugar donde había colocado el sillón podía ver una parte de la terraza y el mar. A lo lejos se desplazaban las luces de las embarcaciones que regresaban al puerto.

Abrí el documento con mi plan de trabajo para las seis semanas siguientes. Reservé horas para los encargos de mis clientes habituales, la preparación de la muestra literaria y mis obligaciones en la villa. Incluso dejé libres las tardes de los domingos. No pensaba repetir el error de años atrás, cuando era capaz de organizar todo un día alrededor de la espera de una sola persona.

El teléfono vibró.

Un mensaje de un número desconocido contenía una fotografía de un plano de la terraza dibujado a mano.

«Soy Maks. Lena me ha dado tu número para que podamos coordinar el programa. Si prefieres que nos comuniquemos por correo electrónico, dímelo. He marcado en rojo los lugares por los que no podemos pasar los cables».

Amplié la imagen. El dibujo era preciso, con medidas y breves explicaciones. En la esquina inferior aparecía un pequeño boceto de una silla plegable y una anotación: «No colocar aquí, aunque parezca romántico».

Sonreí.

Respondí: «Correo para los asuntos formales. Mensajes para las cuestiones urgentes. Y las sillas románticas no son mi especialidad».

La respuesta llegó poco después.

«Qué lástima. Antes se te daban bastante bien».

Leí aquellas palabras dos veces. No porque no comprendiera su significado. Precisamente porque lo comprendía demasiado bien.

Durante un momento consideré escribir algo ligero, quizá un poco mordaz. Al final dejé el teléfono sin responder.

Unos minutos después escuché música. Una melodía instrumental suave que llegaba desde la terraza. Me asomé por encima de la barandilla. Maks estaba sentado solo en los escalones de piedra que conducían al jardín. Delante de él había un pequeño altavoz y, a su lado, un cuaderno.

Bajo la luz de los últimos rayos de sol, su silueta resultaba familiar de una manera casi dolorosa.

Once años atrás me había prometido que, si alguna vez volvía a encontrarlo, no permitiría que los recuerdos decidieran por mí.

Ahora comprendía por primera vez lo poco que sabía sobre lo que realmente había quedado pendiente entre nosotros.

Cerré la puerta del balcón, pero la música seguía llegando por una rendija.

Al día siguiente teníamos que empezar a trabajar juntos. Necesitaba reglas claras, plazos y un poco de sentido común.

Sin embargo, lo que más me inquietaba era que, durante toda la tarde, Maks no había intentado convencerme de nada ni una sola vez.

Y aun así, cada vez me resultaba más difícil dejar de pensar en él.

Capítulo 2 - Los límites que nosotros mismos establecemos

A la mañana siguiente me despertó el sonido de las campanas de una iglesia cercana. Eran las seis y cuarenta y cinco, demasiado temprano para una estancia de verano junto al Adriático, pero hacía mucho que mi cuerpo había dejado de distinguir entre los días laborables y las vacaciones. Me levanté, abrí las contraventanas y contemplé la bahía durante unos instantes. La superficie del mar estaba casi inmóvil y las pequeñas embarcaciones dejaban estelas plateadas sobre ella. El aire conservaba todavía un frescor agradable que desaparecía enseguida después de la salida del sol.

Antes de desayunar revisé los mensajes. El electricista había respondido a mi consulta y proponía venir la tarde siguiente. La editora de la editorial me había enviado materiales adicionales para la entrevista. Lena había dejado tres preguntas en la aplicación de mensajería sobre las descripciones de los acontecimientos, y Maks había enviado una lista de películas con información sobre las licencias.

Leí su mensaje dos veces, esta vez por motivos exclusivamente profesionales. El documento estaba preparado con esmero. Cada título tenía su propio desglose de costes, requisitos técnicos y restricciones relativas a las proyecciones públicas. No había promesas innecesarias ni gastos ocultos. Me gustaba trabajar con personas que comprendían que la profesionalidad también consiste en saber decir qué cosas no se pueden hacer.

A las ocho bajé a la cocina. Lena estaba sentada a la mesa, con una taza de café y el teléfono pegado a la oreja.

Hablaba en croata, deprisa y con evidente tensión. Encontré en la nevera yogur y fruta, además de pan que alguien había dejado en una bolsa de papel. Cuando empecé a preparar el desayuno, mi amiga terminó la llamada y apoyó la cabeza entre las manos.

—Dime que tienes buenas noticias —me pidió.

—El electricista vendrá mañana.

—Te quiero.

—Lo sé. Pero tenemos que hablar del calendario.

Lena suspiró.

—Maks y tú os parecéis muchísimo.

Dejé el cuchillo suspendido sobre un melocotón.

—No nos parecemos.

—Los dos empezáis las frases con «tenemos que hablar» y después me explicáis por qué mis ideas son imposibles.

—La diferencia es que yo propongo soluciones.

—Él también.

Sonrió con inocencia y decidí no continuar aquella discusión.

Después del desayuno extendimos los documentos sobre la mesa. Le mostré mi propuesta para dividir los acontecimientos en dos bloques: tardes literarias y proyecciones más tardías. El problema seguían siendo dos encuentros con autores que solo podían llegar por la noche. No quería modificar sus intervenciones sin hablar antes con ellos. Así que propuse un día sin proyección y otro con una sesión más corta.

—A Maks no le va a gustar —comentó Lena.

—¿Por qué?

—Quiere mantener tres proyecciones regulares por semana. Es importante para él porque tenía previsto promocionar aquí su ciclo de cine europeo.

Dejé el bolígrafo. Sabía que dirigía su propio negocio, pero no me había dado cuenta de lo importante que era para él la regularidad de las sesiones.

—Entonces hablaremos los tres.

—No hace falta que resolváis cada detalle delante de mí —observó Lena—. Podéis acordar una propuesta vosotros solos.

—Precisamente por eso preferiría que estuvieras presente.

Mi amiga me miró con una divertida ternura.

—Syl, los dos tenéis más de treinta años. Supongo que sois capaces de sentaros a una mesa sin supervisión.

—No se trata de supervisión.

—Lo sé.

No añadió nada más y sentí una punzada familiar de irritación. Lena me conocía lo bastante bien como para saber cuándo no quería reconocer mis propios temores.

Maks apareció en el comedor poco después de las nueve. Traía dos vasos de café y una pequeña bolsa de una panadería.

—Lena me ha dicho que llevas trabajando desde temprano —anunció—. Pensé que quizá necesitarías algo más fuerte que agua.

Dejó uno de los vasos junto a mi portátil.

—No sabes cómo tomo el café.

—Solo, sin azúcar.

Lo miré.

—Eso fue hace once años.

—Si has cambiado de opinión, me lo beberé yo.

No parecía un hombre que intentara impresionarme con su memoria. Lo dijo con naturalidad, como si se tratara de un detalle que uno recuerda sin darse cuenta.

Cogí el vaso.

—Todavía lo tomo solo.

—Me alegra saberlo.

Se sentó al otro lado de la mesa y abrió el portátil. Durante la siguiente media hora trabajamos en el calendario, comprobando las horas de la puesta de sol, la disponibilidad de los invitados y las posibilidades técnicas de la terraza. Maks no me interrumpía cuando explicaba las restricciones relativas a los encuentros literarios. Yo lo escuchaba cuando describía las diferencias entre las proyecciones comerciales y los acontecimientos organizados dentro de un programa cultural.

Poco a poco empezaba a comprender por qué Lena necesitaba tanto su ayuda. Maks no solo conocía los equipos, sino también a las personas y los procedimientos. Sabía prever problemas que a mí ni siquiera se me habrían ocurrido.

—Si trasladamos la proyección del martes al miércoles, podemos mantener las tres sesiones —propuse—. Pero necesito que me confirmes que los derechos de esa película permiten cambiar la fecha.

Consultó el documento.

—Lo permiten. Solo tengo que notificar el nuevo día.